



Los catalanes han salido este sábado a la calle en Barcelona para demostrar que no tienen miedo al terrorismo islámico. Decenas de miles de personas —medio millón, según la Guardia Urbana— han ocupado el paseo de Gracia para exhibir su rechazo a los crímenes de la semana pasada en La Rambla y en Cambrils. La convocatoria se ha visto enrarecida por los constantes pitidos y abucheos destinados al rey Felipe VI y al presidente del Gobierno, Mariano Rajoy. También destacó una significativa presencia de esteladas y pancartas que vinculaban al Gobierno y a la corona con la violencia en Oriente Próximo. Pese a ello, el presidente de la Generalitat, Carles Puigdemont, y la alcaldesa de Barcelona, Ada Colau, han resaltado la unidad que la ciudadanía demostró contra los terroristas.

Los lemas de los carteles más vistos durante el recorrido, repartidos por entidades independentistas y de colectivos pacifistas, ofrecían mensajes como “Felipe, quien quiere la paz no trafica con armas”, “Mariano, queremos paz, no vender armas” y “Vuestras políticas, nuestros muertos”. Gran parte de los sectores críticos con la presencia del jefe de Estado se reunieron en una concentración paralela que la CUP y otros colectivos de la izquierda alternativa convocaron dos horas antes de dar inicio la manifestación oficial. Las cerca de 3.000 personas que se reunieron en esta marcha alternativa se fusionaron luego con la otra manifestación.

Políticos y representantes de las instituciones del Estado esperaron en el Palacio de la Generalitat el momento para incorporarse a la manifestación. El ambiente en el Palau destacó por el cordial diálogo entre representantes de la política catalana y de Madrid, según testimonios recabados por EL PAÍS, una situación diferente de lo que se vivió en la calle.

El jefe de Estado, presidentes autonómicos, ministros, líderes de partidos, diputados y concejales, todos fueron transportados en autobuses directamente del Palau a la llamada “cápsula de autoridades”, en el cruce con Gran Vía, a un kilómetro del punto de inicio de la manifestación. Ya la llegada de los representantes del Ejecutivo español fue recibida con sonoras pitadas y gritos a favor de la independencia. Los silbidos contra el Rey y Rajoy se repetían cada vez

que las pantallas gigantes a lo largo del paseo de Gracia mostraban su imagen. Héctor Fernández, un barcelonés que asistió con su hija y su mujer a la protesta, se desgañitaba en gritos contra el Rey. Fernández justificó su rechazo porque “el Rey no puede venir a una manifestación pacifista y vender armas a Arabia Saudí”. El hombre añadió, repitiendo informaciones aparecidas en medios digitales independentistas, que “el Gobierno español ocultó información sobre los terroristas a los Mossos d’Esquadra y no permite que estos se refuercen”. Cerca de él, otro padre de familia apuntaba que es “puñetera hipocresía que sea esta la primera manifestación a la que acude el Rey”.

En sus primeras palabras tras la manifestación, para TV3, ni la alcaldesa Ada Colau ni el presidente de la Generalitat, Carles Puigdemont, comentaron los abucheos al Rey y a los miembros del Gobierno. Ambos destacaron la unidad que consiguió la marcha. “Es de agradecer que en el mes de agosto haya habido esta respuesta admirable de la ciudadanía”. Colau destacó: “Hoy más que nunca nos sentimos capital orgullosa de Cataluña, porque ha venido gente de todo el país”. Puigdemont remarcó que, pese a las “legítimas discrepancias políticas en democracia”, la coordinación entre las Administraciones frente a los atentados ha sido digna de elogio.

Choque por las banderas

Míriam Hatibi, portavoz de la Fundación Ibn Batutta, y la actriz Rosa María Sardá leyeron el manifiesto de la marcha. “Cuando los terroristas golpean, en vez de dividirnos, nos encuentran más unidos que nunca en la libertad y la democracia desde nuestra diversidad de culturas y creencias”, dijo Hatibi. Sardá añadió: “No conseguirán dividirnos, no estamos solos; somos muchos millones de personas que rechazamos la violencia y defendemos la convivencia en Manchester y en Nairobi, en París y en Bagdad, en Bruselas y en Nueva York, en Berlín y en Kabul”.

La Asamblea Nacional Catalana (ANC) había llamado a participar en la manifestación con esteladas marcadas con un crespón negro para protestar por la presencia de Felipe VI. Pese a ello, la gran mayoría de asistentes optó por no lucir banderas de ningún tipo. La alcaldesa de Barcelona tuvo que recordar el viernes que no era el día para manifestarse con banderas nacionalistas. El vicepresidente de la Generalitat, Oriol Junqueras, quitó hierro a la polémica y aseguró que acudir con banderas no era incompatible con el sentido de la manifestación. Durante la movilización, Colau también relativizó la presencia de esteladas y la consideró legítima. “En una manifestación tan grande hay libertad de expresión y mucha gente sale con sus símbolos y con cuestiones complementarias”, afirmó la alcaldesa, según declaraciones recogidas por Europa Press.

La presencia de banderas españolas era excepcional y sobre todo destacaba en el pequeño grupo que marchaba bajo la pancarta del colectivo Sociedad Civil Catalana.

El distintivo más común entre los participantes fueron las cartulinas que repartió el Ayuntamiento con el lema No tinc por (No tengo miedo) y camisetas azules que la gente traía de casa. Se eligió el azul como color para teñir la movilización porque simbolizaba la travesía de dolor de los refugiados que huyen de la guerra hacia Europa cruzando el Mediterráneo.

Aglomeración sin agobios

El Gremio de Floristas de Barcelona estableció varios puntos a lo largo del Paseo de Gràcia para regalar rosas rojas, amarillas y blancas, los tres colores de la bandera de Barcelona. Voluntarios de la entidad Òmnium Cultural eran los encargados de repartirlas.

Pese a la multitud y a la cifra de medio millón de asistentes aportada por la policía municipal, la convocatoria distó mucho de las aglomeraciones que han generado las Diadas independentistas de los últimos años. La ciudadanía acudió gradualmente, desde primera hora de la tarde, al punto de inicio de la marcha, en la confluencia entre el Paseo de Gracia y la avenida Diagonal. Familias, parejas, abuelos acompañados por sus nietos y extranjeros quisieron participar en el acto de repulsa al terrorismo. La mayoría aprovechaba para fotografiarse con las cartulinas que distribuyó la organización ante emblemas de la ciudad como La Pedrera.

En la calle de Valencia, un centenar de jóvenes europeos de la comunidad cristiana de San Egidio levantaron globos azules con la palabra “paz” impresa en varios idiomas. Entre ellos se encontraba Maria Gershak, berlinesa de 26 años y profesora de alemán para los refugiados llegados a Alemania en los dos últimos años. Gershak defendió que la manera de combatir el islamismo es invertir en formación y cursos de integración: “Es una apuesta a largo plazo, pero es la única manera para que estas personas sientan que son parte de nuestra comunidad y de Europa”.